

¿POR QUÉ ESPAÑA? MEMORIAS DEL HISPANISMO ESTADOUNIDENSE

Anna Caballé Masforroll y Randolph D. Pope

(Barcelona: Galaxia Gutenberg/Fundación Alfonso Martín Escudero, 2014, 654 págs.)

"[...] de ese género biográfico al que has acabado siendo tan aficionado, porque la historia de una persona suele mostrarnos siempre el azar de lo que somos, cómo resulta imposible prever de qué manera se va a desarrollar nuestra existencia, cuántos factores que no se pueden imaginar suelen intervenir para que la línea de la vida se quiebre y cambie su sentido..."

José María Merino

Esta afirmación del protagonista de *El río del Edén* cobra sentido al leer las veintiuna autobiografías de este volumen. La idea surgió durante la estancia de la profesora Caballé en la Universidad de Virginia, en contacto con el profesor Pope, catedrático en esta institución y también especialista en el tema autobiográfico¹. Reconocidos hispanistas radicados en Estados Unidos firman estas colaboraciones que se pueden calificar de curiosas, originales, sugerentes y, sobre todo, rigurosas.

El título -prestado del que dio el eminente historiador John H. Elliot a la conferencia que pronunció en Princeton, en 1989-, se convierte en el hilo conductor del libro con diferentes enfoques: es una narrativa coral, como se indica en el prólogo. No es la primera vez que se utiliza este procedimiento, se advierte, y más importante resulta destacar la vigencia de estas reflexiones, porque todos los colaboradores siguen ejerciendo sus tareas docentes e investigadoras, o si alguien está a punto de jubilarse, continúa siendo mentor y no piensa abandonar sus estudios, sino que planea nuevas líneas de investigación. Es la perspectiva de estos hispanistas que conocieron la España de los años sesenta.

De todos los relatos se deduce que la metodología y la forma de aproximarse que tiene el mundo anglosajón al objeto de estudio -la lengua, la literatura y la cultura española y/o hispanoamericana-, es distinta de la que ofrecen la española o la europea, y ahí su atractivo. Su audacia, su espíritu emprendedor y su entusiasmo han abierto nuevos enfoques, otros modos de entender las obras, de leer los textos, de conectar con otras expresiones artísticas o culturales y otros puntos de vista, tanto o más válidos que los acuñados por expertos nativos. Su desafío desnuda la prepotencia o el desdén de

1 Tema que también se cultiva en el Centro de Investigación (SELITEN@T), dirigido por José Romera Castillo.

algunos colegas de este lado. No lo dicen ellos, se puede intuir, especialmente los que conocemos ambos mundos.

El lector de este libro sabrá de autores y obras, mentores y alumnos, intrigas y luchas departamentales. Se da el modelo tradicional, cronológico, comenzando con el niño que fue –son una delicia las primeras páginas de Frederick de Armas recordando su infancia en la isla, desde el distanciamiento impuesto por un narrador omnisciente, cuando le dejan entrar al despacho del abuelo donde se encuentran las obras de un famoso antepasado, Benito Pérez Galdós-, pero hay otros modos originales: la entrevista imaginaria de Lou Channon-Deutsch para evitar el narcisismo –nos dice- y el desdoblamiento de Steven Hutchinson, magnífico reflejo de su condición de *insider* y *outsider*, de la que fue consciente desde su niñez en Zululandia.

La figura de los mentores es muy importante. Todos citan a esas personas generosas y de alto nivel intelectual que se pusieron a su disposición cuando eran estudiantes y fueron una influencia decisiva para sus investigaciones y para conseguir becas y trabajos que cambiaron el rumbo de sus vidas. Mencionemos algunos de estos primeros hispanistas (lamentando reducir la nómina): Ruth El Saffar, Ricardo Gullón, Gonzalo Sobejano, Concha Zardoya, John Brushwood, Robert Spires, Stephen Gilman, Francisco Ruiz Ramón, Juan Luis Alborg, Samuel Armistead, Alan Deyermond, Sylvia Molloy, John Kronick, Javier Herrero, Marina Romero. Hay pocas mujeres en esta lista y es que, como aseguran todas las colaboradoras de este libro, en aquellos años había pocas profesoras en los departamentos universitarios de Español. Estas hispanistas recalcan la dificultad de compaginar su vida profesional y familiar: Patricia E. Grieve, llevaba a su hija de tres años a las reuniones del departamento, porque se habían fijado a las siete de la tarde, y su niña disfrutaba con aquellos “chicos grandes” (nada menos que Alazraki, Sobejano, Silver y Martínez-Bonati). Cuando Grieve fue jefe del departamento de Columbia, tuvo en cuenta esta experiencia para mejorar la vida de sus colegas jóvenes. Margaret R. Greer empezó el doctorado a los treinta y cuatro años y con dos niños pequeños. Noël Valis sufrió la injusticia administrativa de Georgetown, que entre dos candidatos prefirió a un hombre joven, porque “las chicas se casan y dejan la universidad” (638).

En la década de los sesenta las hispanistas norteamericanas que deseaban llevar una vida profesional tuvieron que presionar a sus familias. Roberta Lee Johnson cuenta que su madre convenció a su padre para que le dejara matricularse en la universidad “por si” no tuviera más remedio que trabajar en el futuro.

Asuntos, a primera vista ajenos, tienen importancia en la vida y en el futuro de las personas. Con ocho años, Randolph D. Pope iba patinando y al preguntarse por qué los patines se llamaban así y no árboles, por ejemplo, se percató de la esencia del lenguaje. Después, “fue otro”, asegura, de ahí su temprana seducción por *Romance de lobos*. Y qué inspiradora es la transformación de una afición familiar, el remo, en método de trabajo.

Su visión de un departamento como la tripulación de un barco, donde cada miembro debe esforzarse para que la energía de todos sea beneficiosa y conduzca al éxito, es admirable. Y todavía hay más sugerencias: el zen, la música y el ajedrez. No se lo pierdan.

La lectura juega un papel fundamental en la carrera de todos estos profesores. *La vida es sueño* y *Don Quijote* (Cascardi), *A Room of One's Own* (Charnon-Deutsch), *Macbeth* y *Don Quijote* (Gerli), *Fortunata y Jacinta* (Gies), *El guardián en el centeno* (Hart), *Ana Karenina* (Hutchinson), *Nada* (Johnson), *La Regenta* (Kirkpatrick), *Reivindicación del Conde don Julián* (Gould Levine), *La isla del tesoro* (Litvak), *El lobo estepario* (Resina), *Diario de un poeta recién casado* y *Niebla* (Turner) y *Ulises* (Valis), entre muchos otros libros, fueron un imán. Divierte enterarse de cómo algunos los afrontaron: Un librero salmantino recomendó a David T. Gies la lectura de la voluminosa *Fortunata y Jacinta* para las quince horas que duraba el viaje en tren a Sevilla. Gracias a ello obtendría una beca. Hubo también películas y obras de teatro que dejaron huella, así la representación de *El tragaluz* para Geraldine Cleary Nichols. Y, cómo no, la contemplación de un paisaje: la primera visita de Lily Litvak a Toledo “determinó un cambio total en mi carrera” (483); en 1976, ante la panorámica de Tossa de Mar, William R. Blue consideró “el pueblo una pintura cubista. Fue un momento mágico” (49). O el viaje a México, a los dieciséis años, de David K. Herzberger le incentivó a seguir adentrándose en esa cultura y lenguaje exóticos.

Un rasgo unifica a estos relatos autobiográficos: la pasión por su profesión. Si deben la elección de su carrera al azar, a una influencia, a un juego, o a detestar otra disciplina, con el paso de los años se convierte en su vía exclusiva de trabajo y desarrollo personal, en otras palabras, en su vocación. Hay que subrayar la seriedad con que se toman su actividad docente. Edward H. Friedman concluye ofreciendo diez consejos a sus colegas actuales y futuros. Destacamos algunos: estar en continuo ejercicio intelectual; la enseñanza interactiva; considerar a los estudiantes inteligentes, amables y generosos –en su mayoría–; tomar las disciplinas en serio, pero “no tomarnos a nosotros mismos demasiado seriamente” (161); mantenerse al día; creer en la justicia poética, aunque resulte quijotesco; y la coexistencia de la tecnología con los principios fundamentales. Debemos tener en cuenta estas enseñanzas. También es muy sugerente la convicción de Lou Charnon-Deutsch en la orientación multidisciplinaria, es decir, mirar más allá de la limitada especialización propia. Esta idea aún no convence del todo a los hispanistas instalados en España, pero qué sabio es olvidarse de batallas.

Muchos de estos hispanistas llegaron por primera vez a España en barco –qué extraño parece desde la perspectiva actual–, se enfrentaron a un país bajo una dictadura, con una cultura ajena, pero atractiva, experimentaron la inmersión en una lengua que poco a poco han dominado y les ha permitido profundizar en la vida y obra de autores universales. Su producción académica es impresionante y forjaron obras imprescindibles para la

comprensión de nuestra literatura. Los estudios hispánicos les deben mucho a ellos y a sus predecesores. Vale la pena leer estas autobiografías por su contenido intelectual y humano, por su vertiente profesional y personal. No saldrán defraudados y aprenderán en muchos sentidos.

Ángeles Encinar
Saint Louis University, Madrid Campus